

2

Interculturalidad y solidaridad: ética socio-política y justicia social

2.1. Aportación de: Margarita Zubizarreta odn, Argentina. Paulette Sarkis odn, El Cairo. Anna Mascaró odn, España. Kathy Schneider odn, Estados Unidos. Fidelina Ortega odn, Paraguay. M^a Noëlle Munengela odn, R.D. Congo.

"Este mundo nuestro se ha hecho, se hace, grito y llamada del Señor para nosotros. Las/los jóvenes, la mujer, la familia, toman rostro en el color y los rasgos de todas las culturas y nos impulsan a ofrecernos, como seguidoras de Jesús pobre y humilde; a ser portadoras de humanidad y a descubrir la fuerza salvadora del Evangelio oculto en el corazón de toda persona. Tender la mano educativamente nos lleva a tener fe en la mujer y en el hombre de todos los tiempos, también del nuestro, a entrar en su propia cultura, a contemplar con ternura sus posibilidades y a acompañar, en esperanza, el crecer de la semillas de resurrección".

(NEF, n.7, XIV Cap. Gral.)

1. Marco teórico: cultura, interculturalidad

La cultura es el conjunto de todas las formas y expresiones de una sociedad determinada. Como tal incluye costumbres, prácticas, códigos, normas y reglas de la manera de ser, vestir, religión, rituales, normas de comportamiento y sistemas de creencias. Desde otro punto de vista se puede decir que la cultura es toda la información y habilidades que posee el ser humano.

La UNESCO, en 1982, declaró: "... la cultura da al hombre la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. Es la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. A través de ella discernimos los valores y efectuamos opciones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones, y crea obras que lo trascienden" (UNESCO, 1982: Declaración de México).

Toda **cultura** local es en realidad pluricultural en la medida en que engloba necesariamente otras subculturas que representan diferencias inherentes a toda estructura social. Hablar de cultura es hablar de un conglomerado, fruto de diversas culturas, y no puede ser de otra manera. Esta cultura se construye gracias al contacto entre diferentes comunidades de vida que aportan sus modos de pensar, de sentir y de actuar. Es evidente que los intercambios culturales no conducen todos a los mismos resultados, ni consecuencias, pero es evidente también que a partir de estos contactos se producirá una nueva manifestación cultural.

La **interculturalidad**, en cambio, es una interacción de las culturas: supone estrategias (sociales, económicas, políticas) conscientes con la finalidad de hacer interactuar culturas diferentes y de crear una cultura global o, al menos, una subcultura compartida. Todo ello significa que el diálogo entre diferentes culturas es de una importancia capital, ya que esta dinámica se desprende de la conciencia de los individuos de que cada cultura tiene límites.

El "inter" en "interculturalidad" la constituye en una palabra "orientada por la acción". Su objetivo es ir más allá del conocimiento de otra etnia. Es una aprehensión a través del diálogo desde comparaciones, puntos de vista, etc., construyendo así una base para la colaboración. Se enfatiza la diversidad como riqueza en el contexto de una comprensión de valores comunes.

La cuestión de la interacción de las culturas afecta de manera decisiva a los desafíos sociales siguientes: aculturación, inculturación, vida comunitaria, matrimonios mixtos, diálogo interreligioso, tolerancia, exclusión, marginación, xenofobia, racismo, educación en valores, identidad, derechos de las minorías, etc.

El mundo moderno considera que la integración y la resolución de los problemas vinculados a estos diferentes desafíos es un indicio de la madurez social y política de la sociedad en la que esta interacción se realiza. La gestión de la interculturalidad se convierte así en el mayor desafío de la acción política y social.

2. Problemas contemporáneos de ética socio-política y de justicia social: mundialización, exclusión

Desde el punto de vista internacional, la interculturalidad está representada por el concepto económico-político de la **mundialización o globalización** que describe adecuadamente la interacción de las culturas y de los pueblos a nivel planetario.

Lamentablemente, las relaciones y los valores de estas interacciones se miden con parámetros puramente cuantitativos y materiales que no solamente minusvaloran a culturas enteras, sino también a los pueblos que ellas representan. Se genera marginación de ciertos grupos sociales, de ciertas categorías de personas, e incluso de continentes enteros, como es el caso de los países africanos, asiáticos y algunos latino-americanos. Este fenómeno representa, sin ninguna duda, el desafío más importante a la mundialización o a la interculturalidad global.

Por un desgraciado efecto bumerang, esta marginación rebota a su vez sobre las estructuras locales y las subculturas, creando así tensiones y conflictos que antes no existían. Estas tensiones y estos conflictos se derivan, ineluctablemente, del hecho de que los pueblos que conocen una tecnología avanzada, creen, por este mero hecho, que su cultura es la mejor y superior a las otras. En efecto, la competitividad pasa por delante de la solidaridad, la interacción cultural a menudo se vive en términos de poder, de tener, de supervivencia, etc. El que posee bienes fácilmente se convierte en el jefe del juego y la solidaridad, así tergiversada, queda marcada por un desprecio e ignorancia de todas las riquezas culturales que posee el semejante. De ahí emanan los problemas ligados a la ética socio-política y a la justicia social: marginación, explotación de las minorías, hiper-monetización de las relaciones, papel preponderante del dinero y de los símbolos del poder, regateo y empobrecimiento de los valores culturales, denegación de personalidad, crisis de identidad, desintegración de la familia, polarización de las diferencias, conflictos étnicos y económicos, estructuras injustas en los intercambios económicos, inmigración, etc.

En un contexto como éste, pueblos enteros tienen “vergüenza de ser” y se vuelven hacia las identidades “ficticias o falsas”, originando así una esquizofrenia “identitaria”. ¿No vemos a miles de personas tomando una nacionalidad falsa para protegerse de tantos **fenómenos discriminatorios** desde el punto de vista social? La responsabilidad de los gobiernos cede ante las presiones de los grupos sociales y los beneficios de las administraciones financieras, abriendo la vía a una era de permisividad moral y de corrupción macroeconómica que hipoteca el futuro moral y económico de las generaciones futuras.

La riqueza debe ser vista como un elemento que aumenta la responsabilidad social del individuo. Cuanto más rico más responsable. El sistema ahora está basado en un crecimiento insostenible en algunas áreas y en una deprivación igualmente insostenible para las mayorías.

La situación contemporánea está marcada, y seguirá estándolo durante las próximas décadas, por una creciente tensión entre lo global y lo local. Por una parte, algunas fuerzas y actores de diferente naturaleza empujan hacia la integración global. Por otra, se recrean constantemente espacios locales de autonomía o de resistencia.

De forma esquemática, podemos de este modo distinguir cuatro grandes posiciones estructurales, definidas por el juego entre lo global y lo local:

- Los *competitivos*, situados en sectores altamente productivos y que gozan de importantes protecciones.
- Los *protegidos* cuya condición o posición los protegen, temporalmente, de las sacudidas más directas de la mundialización.
- Los *precarios*, grupos a los que la productividad o la calificación no protegen de la competición mundial y cuya precariedad del contrato laboral constituye una de las principales “variables” de ajuste económico.
- Finalmente, los *excluidos*, verdaderos “efectivos excedentes” de la economía, situados por debajo de la doble jerarquía: son pobres y están cada vez menos protegidos por los mecanismos de redistribución y de transferencia que benefician, sobre todo, a los grupos que disponen de recursos políticos importantes.

3. Los efectos sobre el individuo y sus relaciones sociales

A nivel local, la incapacidad de vivir armoniosamente la interculturalidad desemboca en la dificultad de construir verdaderas comunidades interculturales en las que la confianza tenga más importancia que la sospecha; el perdón, que la ofensa; el compartir, que el interés personal; el ser, que el tener. Es una especie de alergia automática e inconsciente a toda persona que no sea de su cultura. La religión para algunas personas, las ideas políticas y filosóficas para otras, atenúan esta xenofobia que es casi permanente en los pueblos que han alcanzado un nivel económico y técnico elevado.

A pesar de la gran cantidad de información, el **individualismo** llega a su punto culminante, mientras que la verdadera comunicación disminuye. Esta situación tiene como consecuencia “la muerte social” de los individuos que se cruzan sin verse, de la misma manera que dos barcos se cruzarían en la plena oscuridad del mar. El individualismo es exacerbado hasta tal punto que la eficacia del individuo se mide únicamente por sus resultados técnicos y materiales, aunque sea incapaz de trabajar con los otros.

El mundo virtual ha llegado a darnos más seguridad que el mundo real, las ofertas de existencia virtual despojan a varios seres humanos de la posibilidad y de la responsabilidad de vivir una verdadera vida de hombre y de mujer, con sus alegrías y sus penas. Sin embargo, aún perteneciendo a múltiples comunidades identitarias (etnia, clan, escuela, trabajo, etc.), el individuo está en realidad solo, abandonado a sí mismo y despojado de las referencias socio-culturales que harían desarrollar su propia identidad a nivel local y en interacción con los otros. Por el contrario, si está revestido de los atuendos de la modernidad, es un extranjero entre los suyos; si está marginado, no tiene el poder de luchar contra la decadencia de su propio medio, una decadencia teledirigida.

La mundialización pone al individuo al margen de toda responsabilidad inmediata, asegurando que las fuerzas que están en juego son abstractas e incontrolables y no dependen de nadie. Y sin embargo, hay que recordar que estas fuerzas “abstractas” aplastan a muchas personas y pueblos concretos.

La interculturalidad requiere una situación dinámica entre los individuos de diferentes culturas, conscientes de la existencia de otras personas, de sus valores. Nadie es una isla, y no puede aislarse en su expresión cultural.

4. El desafío de mundializar la solidaridad

El mayor desafío que tenemos es el de dar, de nuevo, un rostro humano a esta interculturalidad global, ya que la globalización no debe por ella misma oponerse a los intereses locales y a la aparición de identidades integradas.

Es el desafío de convertir al mercado en un escenario de solidaridad, justicia y libertad. Esto exige no solamente una redistribución urgente de las rentas y de la riqueza, sino también una transformación del sistema productivo que la hace factible, así como el favorecer profundas reformas en la estructura económica y política.

Pero ¿seremos capaces de sustituir la actual lógica “sacrificial” del sistema (a favor de los intereses de unos pocos privilegiados y a costa de la vida de las mayorías pobres) por la de la solidaridad compasiva (en contra de los intereses de los primeros y a favor de la vida de todos)? ¿Conseguiremos ubicar el sistema al servicio de una humanidad realmente fraterna y no victimaria? ¿Sabremos sustituir la fuerza hegemónica de la globalización del mercado por la de la “globalización de la solidaridad”? En esta incertidumbre se esconde el principal problema de toda la humanidad.

En tales circunstancias ser conservador implica aceptar la condena, la exclusión y la muerte de la gran mayoría de la humanidad, que ha quedado fuera de la modernidad y de sus beneficios.

¿Seremos capaces de responder al desafío de que la política sea un ejercicio de amor que se expresa en la celebración diaria de una convivencia verdaderamente humana; una política fraterna y solidaria; un culto diario a la Humanidad y el mejor culto al Dios vivo? ¿Seremos capaces de asumir nuestro ser político y hacer política sin posible neutralidad, sin hipócritas equidistancias?

En su célebre discurso de la universidad de Lovaina, el mártir San Romero de América afirmó: «Estar a favor de la vida o de la muerte. Cada día veo con más claridad que ésta es la opción a seguir. En eso no existe neutralidad posible. O servimos a la vida o somos cómplices de la muerte de muchos seres humanos. Aquí se revela cuál es nuestra fe: o creemos en el Dios de la Vida o usamos el nombre de Dios sirviendo a los verdugos de la muerte» (Casaldáliga, P. 2008).

La solidaridad es una expresión concreta del bien fundamental de la vida en sociedad. El bien común se refiere al bien personal de todos y de cada uno de los miembros de la sociedad: sus elementos de base son el respeto de los derechos humanos, un desarrollo y bienestar razonables, la estabilidad social y la paz en un orden justo.

La solidaridad abarca al mundo entero, que se ha convertido en una especie de “pueblo mundial” en el que todos dependen de todos.

Ser solidario pide ponerse en el lugar del otro para descubrir sus necesidades y esforzarse en satisfacerlas según las posibilidades que ofrece cada situación.

La solidaridad es una de las categorías ético-teológicas elementales de la vida humana y está enraizada en los valores fundamentales de justicia, de libertad, de igualdad y de participación. Es una expresión que viene de la palabra “sólido”, de la realidad humana: nosotros, los seres humanos, formamos una realidad compacta, un bloque, y nos confiamos a la ley de la empatía y de la cooperación frente a la degradación del egoísmo. Empatía, es decir, saber, sentir, asumir la condición humana como un todo en el que cada ser humano se hace solidario. No obstante, si la empatía es la base de la solidaridad, su cima es el compartir, pero un compartir justo: los bienes son “de” todos y “para” todos. Solidaridad es la categoría de la ética social cristiana.

Hay quienes hablan de la globalización de la solidaridad y de múltiples posibilidades de cooperación entre los pueblos. En esta perspectiva, tiene sentido reconstruir las relaciones entre las diversas culturas en su lucha por formas de reconocimiento y de identidad colectiva, institucional y personal. Aquí se encuentra la propuesta del premio Nobel de economía Amartya Sen en el sentido de no comprender el desarrollo humano desde el punto de vista de la mera productividad, sino desde una concepción integral del hombre, de sus capacidades de libertad, cooperación y compromiso con la democracia.

5. Llamados que desafían nuestra misión educativa y evangelizadora

La tensión entre identidad y diversidad sólo puede resolverse si se refuerza la referencia común a Cristo. Proféticamente, la vida religiosa puede mostrar a un mundo roto y fragmentado que el futuro es posible si, en el corazón de la diversidad, hay un centro común de valores compartidos. En efecto, la interculturalidad supone que las culturas son diferentes, pero que no son necesariamente autosuficientes en sí mismas, ni necesariamente superiores las unas en relación a las otras.

La Misión “es la salida constante de nosotros mismos hacia el otro, abiertos al otro, en la acogida del otro... A partir de nuestra contemplación de Jesús pobre, liberador, amor, tenemos que manifestar concretamente nuestra solidaridad con los otros, sea cual sea su cultura. Se trata de amar y de ser, utilizando los medios que están a nuestro alcance en este mundo multiforme y técnico” (Azevedo, M.).

Servirse de estos medios técnicos, de estos medios de comunicación que son una fuerza en los esfuerzos desplegados para un desarrollo cultural integral. “La **evangelización de la cultura** es una dimensión esencial de la acción social por la justicia. El evangelio debe ayudar a devolver su sentido a los valores tradicionales y modernos que han sido deformados, a movilizar los esfuerzos para conseguir un mundo más humano y más justo...” “Aunque estemos convencidos de la pertinencia universal del evangelio, nos encontramos en nuestra misión, no solamente con otras culturas y otras religiones, sino con otras personas. Estas personas tienen su dignidad, su conciencia y su libertad. El Espíritu de Dios está presente y activo del mismo modo en ellas, y Él tiene la libertad de “soplar donde Él quiere”. Pues **el diálogo** es la única manera de proclamar la Buena Noticia a personas que tienen su libertad y su dignidad. La misión, en términos humanos, es una presencia. Es el testimonio de la vida. Se predica, ante todo, con el ejemplo. Entonces la Buena Noticia puede convertirse en levadura, sal y luz. Nuestro propio diálogo con los otros está al servicio del diálogo de la Buena Noticia –la de la Revelación de Dios en Jesús- con la gente. Son la gente y no nosotros, los protagonistas del diálogo” (Amaladoss 1997).

Respecto a la **dimensión educativa** de nuestra misión, en el informe Delors se afirma que, en un contexto mundial, caracterizado por la **crisis del vínculo social** “*la educación puede ser un factor de cohesión si procura tener en cuenta la diversidad de los individuos y de los grupos humanos y, al mismo tiempo, evita ser a su vez un factor de exclusión social*” (Delors 1996, 59).

La educación intercultural nace como una apuesta decidida por un modo de plantear la educación en contextos multiculturales. Un modo que supone la reciprocidad y diálogo entre culturas, desde su reconocimiento y valoración, y que comporta una solidaridad operativa. Educar para una ciudadanía cosmopolita implica generar las condiciones para animar a la acción, a la participación, a la creación; y fomentar la vivencia de valores como la solidaridad y el desarrollo humano equitativo.

La **educación para la interculturalidad** debe ser tejida a través del plan curricular. De todas maneras las ciencias histórico-sociales son especialmente útiles para la educación en diferentes contextos. Quien controle la narrativa fundacional en lo que hace a la historia de una Nación particular tiene un poder tremendo. El desafío de la interculturalidad es enseñar a los estudiantes a realizar análisis de evaluaciones históricas desde las perspectivas de grupos étnicos diferentes que les permita “reconocer la información sesgada, cuestionar el conocimiento convencional, examinar evidencias, evaluar argumentos y desarrollar técnicas para comparar ideas contrapuestas” (Moore 2008).

¿Cómo puede la educación llegar a ser un factor de cohesión y no de exclusión social?
 ¿Cómo educar en nuestras sociedades plurales para llegar a ser personas capaces de construir una democracia efectiva, una comunidad justa, cívica y moral, donde nadie quede excluido, y donde sea posible encontrar unos valores comunes que estén a la base del proyecto social y político? ¿Cómo educar respetando al mismo tiempo las peculiaridades personales y culturales, no desde un uniformismo inexistente o una

cultura dominante sino desde el respeto a la diversidad, intentando superar las barreras reales, las desigualdades y los conflictos?

Eboo Patel hace notar que, en la etapa de la juventud es innato el deseo de dejar su “marca” en la sociedad. Martin L. King tenía 26 años cuando comenzó su militancia en la lucha por los derechos humanos y Gandhi 24. La educación debe crear espacios donde los jóvenes puedan construir **sociedades civilmente fuertes**. Éstas necesitan organizaciones que reúnan a la gente de diversos contextos étnicos o religiosos en pos de objetivos comunes, y así la escuela pueda responder a la necesidad de desarrollar esta capacidad no como si fuera una institución para la asimilación sino donde los estudiantes puedan “adquirir el conocimiento, las actitudes y destrezas necesarias para funcionar en un mundo y nación étnica y racialmente diverso” (Banks 1993).

Una formación integral supone que la interculturalidad debería articularse alrededor de los objetivos siguientes: conocer la otra cultura más allá de los medios de comunicación y de los análisis superficiales; respetar y acoger la otra cultura en su diferencia; estar decidido a cambiar las actitudes de promoción y de sobrevaloración de sí, o de exclusión y de marginación del otro.

El cristianismo intenta modestamente aportar su granito de arena para la construcción de una **cultura de la participación y la solidaridad**. Esta fe cristiana es capaz de suscitar hombres y mujeres expertos en la ética herida de la compasión, expertos en la promoción de una acción social de resistencia que convierta en realidad parcial y anticipativa ese mundo alternativo que continuamos soñando con el Dios de la promesa. Estamos llamados a tener una opción preferencial y solidaria por los pobres. El P. Marcel Azevedo explicita: “esta opción es clara porque no tiene equívocos, alcanzando a los que llevan en su carne los estigmas del hambre, del analfabetismo, del paro, de la marginalización. Es profética porque denuncia el absurdo y la perversidad de las estructuras de la sociedad moderna; es solidaria porque asume los combates de estos pueblos, se compromete y lucha con ellos, reconociendo a los pobres como los sujetos primeros de la transformación social según el Espíritu del Reino”.

Para concluir, se puede agregar que tenemos que realizar nuestra misión al servicio de toda la persona, y de todas las personas, en unión con todos los esfuerzos de solidaridad mundiales. Con los hombres y mujeres de todas las religiones o sin religión.

Como decía un musulmán, el Emir Príncipe Asan Ibn Talal, Presidente de los Emiratos Árabes Unidos: “Hay que globalizar los valores, ser compañeros en humanidad... oímos hablar de guerra, de desastres. Hemos luchado contra la xenofobia, el antisemitismo, la islamofobia. ¿No ha llegado ya el tiempo de trabajar **juntos** para alguna cosa, para una ética de la solidaridad humana... para insistir en la importancia de la universalidad y del respeto hacia el otro?” (Conferencia en el Seminario de las Caritas del Próximo Oriente, 2004).

Notas y Bibliografía

1. Amaladoss, Michael sj. Grupo de trabajo de la XXXIV Congregación SJ- Hacia el encuentro de las culturas. Ed. Atelier 1997
2. Azevedo, Marcello sj. Curso sobre la inculturación
3. Banks, J.A. y C.A.M. Banks “Multicultural education: Characteristics and Goals” in *Multicultural Education: Issues and Perspectives*. Boston: Allyn & Bacon
4. Bartolomé Pina, Margarita. Educación Intercultural y Ciudadanía. Universidad de Barcelona
5. Casaldáliga, Pedro. Agenda Latinoamericana 2008
6. Cortina, Adela. Educar para una ciudadanía cosmopolita
7. Cushner, Kenneth. Ed. *International Perspectives on Intercultural Education*. Mahwah, New Jersey and London: Lawrence Erlbaum Associates, 1998
8. Danseto, Felice. Revista CIDOB d’Afers Internacionals. Barcelona, octubre 2004
9. Flaquer García, Jaume. Vides Itinerants. Quaderns C.J. N° 151. Barcelona 2007

10. García Luís, Julio. Revista Cuadernos de Comunicación N° 1 Noviembre 2006
11. García Roca, Joaquín. El mito de la seguridad. PPC, editorial. Madrid 2006
12. Hoyos Vázquez, Guillermo. Comunicación intercultural: democratizar la democracia
13. Informe Delors. “La educación encierra un tesoro”, 1996
14. Martuccelli, Danilo. Revista CIDOB d’Afers Internacionals. Barcelona, octubre 2004
15. Moore, James R. “The Role of Ethnicity in Social Studies Education: Identity and Conflict in a Global Age”, in *Social Studies Research and Practice* (3:1, 2008)
16. Onghena, Yolanda. Revista CIDOB d’Afers Internacionals. Barcelona, octubre 2004
17. Rodrigo Alsina, Miquel. La comunicación intercultural.
18. Rodríguez, Oscar A. Arzobispo en Honduras, Conferencias a Caritas Internationalis bajo el Título: “Mundialización de la Solidaridad”
19. Servei Jesuïta a Migrants (SJM). Immigrants: Invasors o Ciutadans? Quaderns C.J. N° 152. Barcelona 2008
20. Vitoria, F. Javier. Un ordre econòmic just. Quaderns C.J. N° 87. Barcelona 1998